

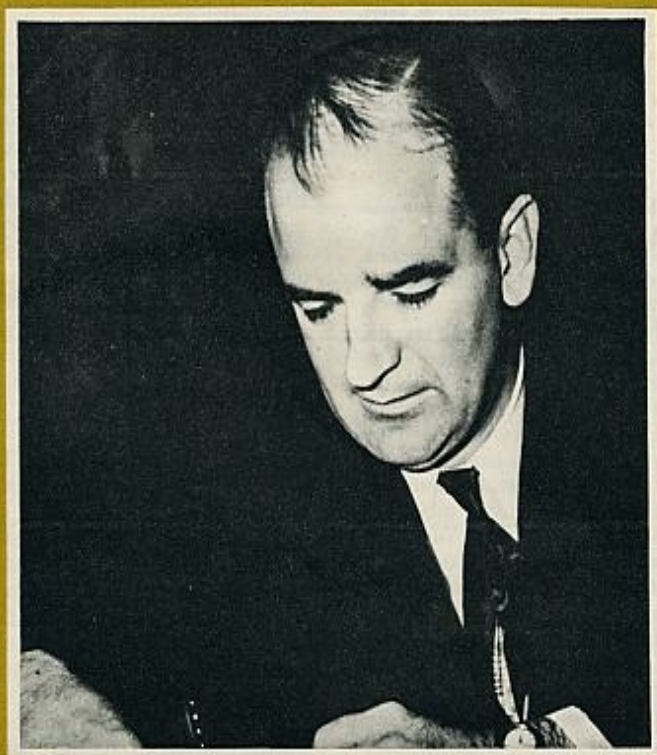
EXCLUSIVA

LA VUELTA DEL M



MACCARTHYISMO

Por **ARTHUR M. SCHLESINGER, Jr.**



Hace una quincena de años, el senador Joe McCarthy —arriba— sembró el miedo en Estados Unidos al atacar, desde su privilegiada posición, toda idea que, a su juicio, resultara «antiamericana». Hoy el maccarthysmo está en vías de renacer. Cada día se producen, ante el Tribunal que investiga sobre las conductas de quienes se enfrentan a la política americana en el Vietnam, escenas como la que reproduce la fotografía de la izquierda.

Arthur M. Schlesinger, jr., profesor en Harvard y ahora en el Instituto de Estudios Superiores de Princeton, es uno de los más destacados universitarios liberales atraídos por la política, un "cabeza de huevo", como despectivamente les llaman sus detractores. Por su libro "A Thousand Days" ("Los mil días de Kennedy"), consiguió, por segunda vez, el premio Pulitzer. En este volumen recogió sus observaciones y recuerdos personales sobre el Presidente asesinado en Dallas, del que habla sido consejero privado y amigo. El artículo que reproducimos en exclusiva para España es un estudio acerca de la crisis que atraviesa el pueblo norteamericano provocada por el conflicto en el Vietnam, crisis que el liberal Schlesinger piensa que puede desembocar en una nueva amenaza maccarthysta. Sus argumentos —muy personales y, también, del mayor interés— han promovido una gran polémica en Estados Unidos.

SIGUE



El representante demócrata de Texas, Joe Pool, es una de las figuras claves del resurgimiento de los Comités de Actividades Antiamericanas, desde los que se ataca a quienes de un modo u otro demuestran su inconformismo.

SEGUN la encuesta hecha por Luois Harris, la opinión pública americana tiende hacia un militarismo cada vez más intenso en lo que se refiere a la guerra del Vietnam y su deseo de encontrar una solución airosa es cada vez mayor. No hay duda de que esto es verdad: el miedo a un apurado jaque-mate en el Sudeste de Asia produce un impulso incontenible a aplicar soluciones drásticas. Ya no se trata tanto de una oposición entre «halcones» y «palomas»; ahora la gente se vuelve «paloma» y «halcón» al mismo tiempo, y opina, lo mismo que el senador Richard Russelle, de Georgia, que sólo hay dos soluciones: o nos echamos de cabeza en el conflicto o lo abandonamos inmediatamente. Entre las primeras víctimas de este frenesí por acabar de una vez con la guerra figurarán, probablemente, el sentido nacional de ecuanimidad, nuestro buen humor, nuestra moderación y nuestra razón. Y, a medida que el frenesí aumente, parece probable que arrastren hacia una nueva prueba la tradicional fe de la nación en la libertad.

La última situación de este tipo ocurrió hace quince años. Los más viejos quizá recuerden todavía, al echar una mirada atrás, los estragos que tan absurdamente produjo un solo senador en el funcionamiento de nuestro gobierno y en la atmósfera de nuestra sociedad. Ahora bien, aunque no cabe dudar de su talento de demagogo, no fue tan sólo la calidad de su demagogia la que hizo del senador Joseph McCarthy un hombre tan influyente. El hecho fue que su demagogia incitaba e interpretaba hostilida-

des y frustraciones debidas, principalmente, a nuestra participación en la guerra de Corea.

Toda guerra engendra frustraciones y la guerra de Corea más que ninguna otra. Era una guerra limitada y, aunque las razones de sus limitaciones eran obvias, muchos americanos sólo las comprendían a medias. Por otra parte, si los comunistas mataban americanos en Corea, ¿por qué habían de tolerar los americanos, desde ese mismo momento, a un compatriota cualquiera con convicciones —a su entender— comunistas? Y, además, no pocos americanos que pensaban que su deber era luchar en Corea, en vez de quedarse tranquilamente en sus casas, creyeron oportuno —y pensaron que era cómodo— expiar su culpa, a la vez que afirmaban su virilidad, uniéndose a la cruzada anticomunista de McCarthy. Sólo cuando el armisticio terminó con las frustraciones, que eran el terreno abonado que aprovechaba el senador para conseguir sus fines, empezó la nación a despertar de aquella pesadilla.

Si la historia se repite —y esto sucede alguna vez—, la guerra de Vietnam podría engendrar algo muy parecido a lo que se llamó el maccarthysmo. La guerra vietnamita nos está defraudando tanto como nos defraudó la de Corea e incluso para mucha gente es mucho más difícil de entender que aquélla. La guerra de Corea se originó en una clara y desvergonzada invasión de un país y le faltaba ese factor de subversión interna que caracteriza y dificulta en tan alto grado la guerra vietnamita. Además, los Estados Unidos lucharon en Corea representando a las Naciones Unidas, es decir, con la aprobación incondicional de casi todos los países del mundo, mientras que hoy, en su lucha contra el Vietcong, se encuentran casi solos. Por otra parte, en Seul contábamos con un Gobierno relativamente estable, lo que no puede decirse de la junta militar que ahora gobierna en Vietnam del Sur.

No es éste el lugar para discutir los méritos de la política seguida en nuestro Gobierno en el Vietnam. Para nuestros propósitos hemos de observar tan sólo qué cada vez nos encontramos más envueltos en el conflicto y que aumenta el riesgo de que éste desemboque en una guerra de mayores proporciones. Esta es, en mi opinión, la condición que hemos de anticipar y para la que te-

nemos que prepararnos. Mientras la guerra domina y obsesiona cada vez más nuestra vida nacional, podemos dedicarnos a buscar cualquier síntoma que pueda surgir: la extrema simplificación de todos los problemas, el intercambio de inyectivas, la puesta en duda de juicios, motivos y fidelidades y la degradación del debate.

A medida que continúe este proceso, la ventaja emocional estará cada vez más de parte de los que se dedican a agitar la bandera. Algunos de éstos se muestran dispuestos a saldar viejas diferencias, cubriéndose al mismo tiempo con las «viejas glorias». De esta forma, el cuerpo legislativo de Georgia ha negado un escaño a un individuo que fue legalmente elegido, por dos veces consecutivas, sólo porque no aprobaba sus puntos de vista sobre el Vietnam. Y, así también, a un comunista americano que ganó la Cruz al Mérito Distinguido en la Segunda Guerra Mundial le ha sido negada una sepultura en el cementerio de Arlington. Otro ejemplo lo tenemos en un teniente del ejército de tierra sentenciado a dos años de trabajos forzados (pena reducida posteriormente) y expulsado, también, de su unidad militar, tan sólo porque había tomado parte, sin estar de servicio y de paisano, en una manifestación contra la guerra del Vietnam. Más ejemplos: un maestro de noveno grado que permaneció en silencio durante la ceremonia de saludar la bandera en una reunión escolar, como protesta contra la política de Johnson en el Vietnam, fue expulsado de la Federación Americana de Profesores. En varias ciudades han sido golpeados brutalmente grupos de individuos que mostraron abiertamente su desaprobarción a la guerra; un juez federal de Filadelfia ha pedido que todos los colegios financiados por la comunidad expulsen a aquellos alumnos que exterioricen su protesta contra la política del Gobierno en Vietnam; varias oficinas de reclutamiento han suspendido las prórrogas que les habían sido concedidas a algunos manifestantes, quizá basándose en la extraña teoría de que el servicio militar es un castigo; y a varios adolescentes, a los que por su corta edad no se podía reclutar, se les ha expulsado de sus colegios de Cleveland y Pittsburgh sólo porque llevaban brazaletes negros en señal de luto por los muertos del Vietnam. El senador James Eastland, de Mississippi, ha pre-

sentado una moción pidiendo se concedan amplios poderes al Departamento de Estado para que restrinja los viajes de ciudadanos norteamericanos al extranjero, y el Departamento de Estado ha solicitado que se vigile a un eminente profesor de Harvard mientras esté de viaje fuera del país. Un exvicepresidente de los Estados Unidos ha descubierto incluso una muestra de las hábiles maniobras que llevan a cabo los comunistas para infiltrarse entre la gente en el hecho de que al DuBois Club, la Liga de Jóvenes Comunistas de los años sesenta, así llamada en memoria de W. E. B. DuBois, historiador negro que, antes de su muerte, se convirtió en miembro del partido comunista, se le haya dado un nombre que tiene un extraordinario parecido con el del Boy's Club of America. Esto, según el siempre alerta señor Nixon, «es un ejemplo casi clásico de la doblez y la estratagema comunista».

Se trata todavía de incidentes muy aislados. Pero, a medida que vaya aumentando la sensación de frustración, tales incidentes pueden multiplicarse hasta crear un clima, en el que la gente empiece a abstenerse de decir lo que piensa, por miedo a meterse en líos. Y antes de que nos diésemos cuenta podríamos vernos envueltos en un ambiente que tan sólo necesitaría un nuevo McCarthy para convertirse en un nuevo maccarthysmo. En verdad, deberíamos pararnos a reflexionar un momento como nación antes de que Vietnam nos empuje a esa deplorable situación.

¿Qué oportunidades hay esta vez de mantener nuestro equilibrio nacional? En cierto sentido, la forma en que está comprometida la administración nacional en el proyecto de ley sobre derechos puede ser la base de una diferencia vital. La razón por la que la Segunda Guerra Mundial (con muy pocas excepciones, tales como el internamiento de los japoneses-americanos) se vio comparativamente libre de ataques a la libertad civil, está en las teorías liberales de Franklin Roosevelt y su administración. Únicamente encontró campo libre cuando la Administración Eisenhower produjo una actitud de indiferencia hacia la Casa Blanca, al tiempo que una colaboración positiva entre McCarthy y la burocracia (por ejemplo, Foster Dulles era Secretario de Estado).

Hoy por hoy, aunque el Presidente Johnson ha defendido

LA VUELTA DEL MACCARTHYSMO



Escenas como éstas son normales. Todo aquel que se manifiesta en contra de los Comités de fiscalización de personas y organizaciones es expulsado de la sala.



con valentía el derecho que tiene todo el mundo a desaprobado una política, uno no puede estar muy seguro de hasta qué punto es verdaderamente sincero. En el discurso pronunciado por el Presidente en Honolulu, en el que atacaba a los que habían criticado su política en el Vietnam, había ciertas notas un tanto extrañas, como por ejemplo cuando definió a sus censores como «insensibles o tímidos... ciegos ante la experiencia y sordos ante la esperanza». O en su posterior discurso de Chicago: «Nerviosos» que rompen sus filas «cuando están siendo presionados» y que «se vuelven contra sus dirigentes, contra su país y contra sus propios guerreros».

No es prudente para un presidente sobre un determinado concepto de unidad que, examinado más detenidamente, no significa otra cosa que una aceptación fiel, casi ciega, de la política gubernamental. Hay

cierto mérito en la sugerencia de Clayton Fritchey, que estuvo en el Pentágono encargado de los asuntos públicos en los primeros días de la guerra de Corea, y según la cual «el Presidente Johnson y su familia están todos en favor de la libertad de palabra; a lo único que se oponen es al ejercicio de esta libertad».

Además, el mando conjunto de los Ejércitos se opuso unánimemente hace quince años a una posible escalada en la guerra coreana, lo que tuvo un efecto calmante en la opinión nacional americana. Pero hoy, los jefes de los ejércitos parecen estar unánimemente a favor de una escalada de la guerra del Vietnam, con todas sus consecuencias. Y el mismo Departamento de Estado, que en aquella ocasión propugnó racionalidad en el debate, no deja de sugerir ahora que debería dejarse de criticar la guerra, porque precisamente estas críticas son las **SIGUE**

que animan a Ho Chi Minh. Las críticas contra una guerra siempre animan al enemigo, pero yo no recuerdo que ningún miembro del Gobierno recomendará a Lincoln que no criticase más la Guerra Mexicana, porque tal cosa ayudaba y reconfortaba a Santa Ana.

Otra diferencia entre 1951 y 1966 es que la comunidad liberal e intelectual estaba unida en su determinación a sostener una discusión racional. Hoy algunos de sus miembros parecen competir con los reaccionarios al defender la irracionalidad. Pienso especialmente en el fenómeno de las manifestaciones en masa.

Las demostraciones en masa pueden, no cabe duda, ser eficaces y útiles cuando, como en el caso de los derechos civiles, los problemas intelectuales y morales están claramente definidos y son evidentes cuando las manifestaciones descubren y presentan el mal, y cuando hay necesidad de demostrar el peso y la urgencia de la protesta. Pero, cuando las cuestiones en litigio son complejas y ambiguas, como es el caso en el Vietnam, las manifestaciones no pueden presentar el mal; y las protestas masivas, en las que se manifiestan las opiniones por medio de slogans, pancartas y epítetos, rebajan la racionalidad del debate. Esta

es una táctica que ahora insensatamente emplean los intelectuales y que, evidentemente, lleva todas las de perder; porque si se convierte en una competición de demagogia e histeria, los antiintelectuales serán los que ganen. Es deplorable ver como muchos intelectuales y liberales preparan el camino a un nuevo macarthysmo rebajando el nivel de la discusión pública.

Estas explosiones de irracionalidad política, vengan de la derecha o de la izquierda, tienen mucho en común. Por ejemplo, las dos tienden a expresar lo que ha sido una antigua debilidad nacional, es decir, una gran susceptibilidad a la interpretación de la historia basada en las conspiraciones (conspiratorial interpretation of history). Siempre hemos pensado, sin profundizar mucho en la idea, que los acontecimientos históricos más complejos son siempre resultado de las maquinaciones de pequeños grupos de individuos despreciables. Es lo que el historiador Richard Hofstadter ha denominado: «The paranoid style in American politics». Hoy en día este «paranoid style» encuentra su expresión en la afirmación de las derechas de que son los comunistas los que fomentan las manifestaciones contra la guerra en los Esta-

dos Unidos, y, ni que decir tiene, las protestas budistas en Saigón y Hué. Esta opinión, al menos en teoría, está, por desgracia muy extendida entre los que ocupan altos cargos en el gabinete, que piensan que en el Sudeste asiático nos estamos enfrentando con un sistema premeditado y homogéneo de agresión por parte de China.

Y, del mismo modo, se expresa igualmente en la opinión de los izquierdistas de que nuestra política en el Vietnam está dictada por capitalistas que sólo buscan su propio beneficio o por generales que se proponen lanzar una guerra nuclear preventiva contra China. Ambas partes (tanto los últimos como los primeros) se niegan a ver la historia como es en realidad, un sucio y descabellado proceso, en el que las decisiones son tomadas, no según planes maestros, sino en medio de la confusión y las tinieblas, y en el que la ignorancia, el azar, la suerte o la estupidez pueden tener mucha más influencia que unos cálculos maquiavélicos.

Las explosiones de irracionalidad política tienen otra característica común: en cualquier caso se trata más bien de procurar una satisfacción psíquica que de defender y fomentar la causa que dicen representar; más de ventilar

emociones que de influir sobre los acontecimientos. El negar a un hombre un escaño que le pertenece en la cámara legislativa de Georgia o a otro una sepultura en Arlington, no nos facilitará la victoria en el Vietnam, como tampoco el abandonar la sala a mitad de un discurso inaugural o el quemar públicamente un proyecto de ley, van a lograr disuadir a un presidente del empleo de bombas de napalm. La moderación que últimamente se ha efectuado en la tendencia hacia una guerra mucho más extensa no se debe, por ejemplo, a las manifestaciones masivas, sino que es resultado, sobre todo, del valor y el poder de algunos individuos, ya en el Senado, ya en mítines y asociaciones locales, que, tras un concienzudo análisis de los derroteros de nuestra política, han conseguido provocar un serio debate en torno a las alternativas que se presentan en el Lejano Oriente. Es decir, que no ha sido debido a una efusión de emociones, sino al empleo de la razón.

Y, sin embargo, si es verdad que tenemos hoy ciertas desventajas con respecto a hace quince años, también es verdad que tenemos otras ventajas, siendo la mayor, el recuerdo de la pasada experiencia. El macarthysmo, puede decirse, se inculcó en cierto modo en el país y esta inmunización dura todavía, como lo demostraron, en noviembre pasado, los votantes de Nueva Jersey al rechazar los esfuerzos tendientes a que el entusiasmo del profesor de Rutgers Eugene Genovese se convirtiese en el punto principal de la campaña gubernamental. Un grupo de personalidades, recordando los excesos de hace quince años, está haciendo gala de una admirable determinación para impedir que aquello vuelva a suceder.

Estas personalidades no las encontraréis en Estados Unidos en el mismo lugar en que las encontraríais en Inglaterra, es decir, en el llamado «Establecimiento». Está de moda, desde hace algún tiempo, denunciar el orgullo del «Establecimiento Americano» (las instituciones del poder). Pero uno llega a preguntarse a veces si lo que les pasa a estas instituciones del poder es más bien achacable a su cobardía que a su orgullo o soberbia; con otras palabras: que han tenido miedo muchas veces de actuar como deberían hacerlo unas instituciones dignas de tal nombre. El fin de unas instituciones de gobierno consiste, en mi opinión, en dar todo el apoyo que necesitan a los valores es-



Arthur Miller fue uno de los principales encartados por el macarthysmo, aunque más tarde, al estrenarse su obra justificatoria, «Después de la caída», Lady Bird asistió a la función, en una especie de afán de recuperación de los intelectuales.

tablecidos y a las instituciones de la sociedad. Ahí está precisamente el éxito de las instituciones británicas del poder. Es imposible imaginarse a un McCarthy sembrando el terror en la vida pública británica: las instituciones del poder no lo tolerarían.

Pero el llamado «American Establishment» se derrumbó antes del advenimiento de la era McCarthy. Ni los grandes hombres de negocios, ni los hombres de leyes levantaron la voz en señal de protesta. Un eminente personaje, considerado por algunos como el presidente del «American Establishment» en aquella época, llegó a sugerir en un discurso público que las investigaciones del comité McCarthy no eran peores que las que en 1935 realizó el senador por el Estado de Alabama, Hugo Black (actualmente miembro del Tribunal Supremo), en torno a las compañías poseedoras de acciones de otras compañías subsidiarias. No nos hagamos la ilusión de que el «American Establishment» va a ser mucho más valiente la próxima vez. La nación ha de volver sus ojos hacia hombres más sólidos y de principios más profundos si es que quiere evitar otra epidemia de pánico político. Sobre todo es a Washington a



El maccarthysmo de los años cincuenta atacó despiadadamente a Hollywood. John Garfield recurrió al suicidio para no declarar.

donde hay que mirar. Los hombres responsables de la vida pública reconocen el fracaso que una nueva explosión de histeria nacional representaría para nuestros ideales y para la confianza que el mundo ha depositado en nuestro caudillaje. Como ha dicho el secretario Robert McNamara, en lo que parece ser un tácito reproche a unos colegas suyos que demostraron excesivo celo: «Aunque las protestas de los extremistas reconforten a Hanoi —y según propias declaraciones de los norvietnamitas éste parece ser el caso—, hemos de seguir siendo fieles a nuestros principios y prioridades. Esta es una nación en la que la libertad de disensión es fundamental».

Y del mismo modo, el senador J. W. Fulbright, de Arkansas, ha lanzado las siguientes e inteligentes advertencias: «Cuanto más dure la guerra del Vietnam y más remotas aparezcan las perspectivas de victoria o, al menos, de paz negociada, tanto más aguda será la fiebre bélica, y las esperanzas se convertirán en lágrimas y la libertad de opinión cederá ante un patriotismo falso y estridentes». También el senador Edward Kennedy, de Massachusetts, protestó ante el Departamento de Estado por la vigilancia a que fue sometido un profesor de Harvard, terminando de ese modo con esa especie de intromisión en los

asuntos ajenos. Y el senador Robert Kennedy, de Nueva York, leyó en una ocasión en alta voz un editorial del «Daily News», de Washington, en el que se condenaba la decisión de no enterrar en Arlington al comunista héroe de la guerra. «Por los errores se aprende y se escarmentan», decía el editorial: «... y una de las lecciones es que no es precisamente tradición en los Estados Unidos odiar y perseguir al pecador hasta su tumba». A Robert Kennedy le oyeron decir tristemente en otra ocasión que no creía que ninguno de los que estaban enterrados en Arlington se hubiese negado a que un condecorado con la Cruz al Servicio Distinguido encontrase entre ellos su último reposo, y que, por lo tanto, no veía por qué las organizaciones de veteranos habían armado tanto revuelo.

Y hay otra diferencia entre los Estados Unidos de hace quince años y los de hoy, y es el crecimiento y la mayor importancia de la comunidad académica. Actualmente hay dos veces más universitarios que hace una década. Cuando termine la presente década habrá en nuestras universidades y colegios unos siete millones de estudiantes y medio millón de profesores. El resultado de todo ello será un formidable cuerpo electoral, bien informado, articulado y activo. Y se-

rán unos electores que estarán a favor de los derechos del individuo. Porque si la libertad de opinión y de palabra es de interés general para la nación, lo es también, en particular, para la comunidad académica.

Espero equivocarme al suponer que la ira y la frustración que se vayan amontonando poco a poco como resultado de nuestro compromiso en el Vietnam, son presagio de una nueva crisis de nuestra libertad nacional. Pero si, afortunadamente, no hay tal crisis, será solamente porque algunos hombres adopten una postura firme y clara en apoyo de la razón y el buen sentido. Poco antes de caer asesinado, en un supremo acto de irracionalidad política de nuestro tiempo, el Presidente Kennedy declaró: «Los hombres que forjan el poder contribuyen poderosamente a la grandeza de la nación, pero los hombres que ponen en tela de juicio tal poder contribuyen también a ella de manera indispensable». Y al final siempre nos hemos arrepentido de nuestros «espasmos» de represión y manía persecutoria; nunca nos han aportado ningún beneficio. McCarthy no logró encontrar a un solo comunista, y cada vez que eso ha ocurrido nos hemos odiado a nosotros mismos al despertar la mañana siguiente.

© 1966 by Triunfo para España.



Hollywood no sólo produjo víctimas, sino también denunciados. Adolphe Menjou fue, junto a algunos colegas suyos, miembro destacado de la acusación...